

GERARD sin RUMBO



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación



Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96520-7-9
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Tomás Echeverri Bustamante

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

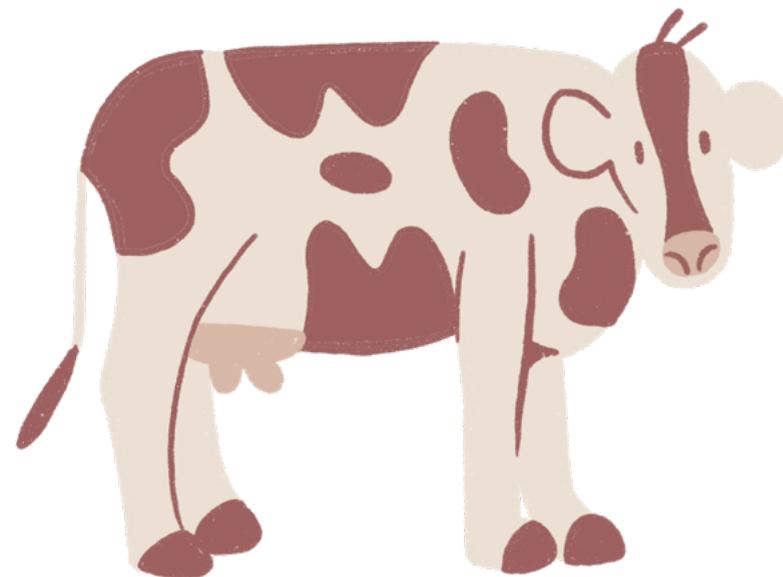
Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36-66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





GERARD sin
RUMBO



Cuando tenía 14 años, Gerard vivía en la Pepinera, una tranquila vereda de La Unión. Cada mañana, el paisaje ante sus ojos era hermoso y suave, tapizado por las flores de los siete cueros y las esplendorosas hojas blancas de los yarumos, rodeado de riachuelos rubios con meandros atractivos que iban dibujando caprichosas sinuosidades en el tapete verde.

Gerard aprendió de su padre los ritmos de la luna que regían las cosechas, la reproducción de sus gallinas y, también, sobre la gestación de las vacas. Se la pasaba corriendo entre los árboles con Mercurio, su perro, y un caballo brioso, llamado Palomo. Ese era su mundo de afectos.

Su padre, Alpidio, tenía como rutina abrazar el encuentro entre las penumbras de la noche y los destellos de la mañana. Un día, después de tomar

unos tragos, se fue —como de costumbre— a dar vuelta a los animales de su finca y pidió a Gerard que le diera vuelta al ganado.

Esa mañana, el sol era radiante y todo parecía espléndido; sin embargo, las cosas eran un poco distintas: las mirlas cantaron brevemente y salieron espantadas por una corriente de viento frío, extraño para la época de julio, tiempo de verano en el campo. Los días empezaban con el canto de las aves y el croar de las ranas. Su caballo se comportaba extraño, sus orejas estaban muy inquietas.

Cuando Gerard salió por el sendero que lo llevaba al potrero donde estaba el ganado; al pasar el riachuelo color aguadulce, sintió del otro lado unas pisadas numerosas. Levantó la mirada y vio una fila de hombres



y mujeres con armas en las manos. El hombre que iba adelante de la fila sacó un vozarrón:

—Tranquilo, muchacho, no te asustes.

Gerard estaba a punto de girar para salir corriendo.

—Tranquilo —insistió el hombre—.

¿De dónde vienes?

Nervioso, se detuvo y contestó:

—Vengo de mi casa. Voy a dar vuelta a los animales.

—No te preocupes: ellos estarán bien.

—Acompáñanos a tu casa, que queremos conocer a tu familia.

Gerard giró con la cabeza baja y emprendió el camino de vuelta a su casa.

Pasaron el sembrado de maíz y apareció su casa en un filo, echando el humo de la cocina hacia el cielo, las flores daban un toque de amor al corredor.

Alpidio, su papá, dejó de rajar leña, las gallinas se silenciaron y el perro empezó a ladrar.

El hombre de la voz ronca saludó:

—Buenos días, compa.





Un silencio llenó el pequeño corredor y el gato se montó en el almacén. La mamá de Gerard, doña Rosalba, salió con una arepa en la mano y, cuando vio a la cuadrilla de hombres armados, la dejó caer.

—Solo venimos a saludar.

Don Alpidio hizo un gesto breve de saludo con su cabeza:

—Buenas.

—Buenos días, compas. Vamos de pasada, solo queremos saber si nos puede dar algo de beber para los muchachos.

—Mija, traiga unos tragos para estos muchachos.

Mercurio, que se come todo lo que cae, ni siquiera miró la arepa que doña Rosalba había dejado caer. Estaba gruñendo y erizado.

La mujer entró a la cocina y regresó con una jarra de guarapo y una torre de vasos de plástico que se desarma en el aire.

—Permítanme presentarme —dijo el hombre mientras recibía su bebida—: soy el comandante de estos muchachos. Qué bonita región, ¿cómo se llama esta vereda?

—La Pepinera —dijo doña Rosalba.

—Ah... —dio otro sorbo—. Nosotros vamos de pasada. ¿Usted nos puede llevar hasta los encuentros del río y la carretera?

Don Alpidio se puso serio.

—Mire, no necesitan que los acompañe; siguiendo el atajo, pasan una talanquera. No se salgan del camino y llegan al río, ahí mismo suben un poquito y ven la carretera.

Hubo un silencio sepulcral.

El comandante tomó el último sorbo y añadió:

—Está bien. Nosotros volvemos a pasar mañana; en caso de que pasemos tarde, ¿nos puede dar cambuche?

—¿Qué es cambuche? —preguntó Gerard con la voz temblorosa.

—Dormida —contestó el comandante.

—Sí, sí, señor —dijo don Alpidio con un tono de rabia y miedo.

La cuadrilla se marchó. Cuando pasó el último por el filo de la loma, Alpidio reunió a su mujer y a Gerard.

—Empaquemos rápido lo necesario; nos vamos, hija, nos volamos por la cuchilla y pasamos por la casa de don Guillermo.

Eran tres corazones palpitando como un pelotón, tres corazones empacando un poquito de ropa, un poquito de todo y de nada. Apagaron el fogón, echaron las últimas arepas y un poco de guarapo; en un palo, colgaron las seis gallinas y el gallo. Salieron en dirección contraria a la de la cuadrilla. La casa quedó en silencio...

Pasaron el riachuelo y vieron por última vez a sus vacas... Los arbustos y los helechos quedaron congelados por ese halo frío que se posó en el ambiente.

Por atajos y travesías, llegaron a la casa de su vecino, don Guillermo, un hombre de unos ochenta años.

—Compadre Guillermo, ¿cómo está?

—Buenas tardes. Alpidio, ¿qué le pasó? ¿Por qué van carrereados?

—No tenemos tiempo que perder. Pasó una cuadrilla armada por mi casa y nos comprometimos a darles cambuche mañana. Esto no me gusta, nos vamos para donde mi hermana en la ciudad. Por favor, cuídeme el ganado; vuelvo dentro de ocho días y necesito que me busque un comprador para las vacas. Usted sabe, don

Guillermo, que lo hago por proteger a mi familia; ellos vienen por los muchachos para sus filas. Le encomiendo a Mercurio; este perro es muy noble.

Sorprendido, don Guillermo respondió:

—Listo, yo lo cuido, Alpidio.

—Nos vamos antes de que pase algo peor.

—Dios no lo quiera —respondió Rosalba echándose la bendición.

Ya eran las 5:30 de la tarde cuando Alpidio y su familia llegaron a la carretera y Mercurio seguía pegado de la pierna de Gerard. Cuando paró la escalera que los conduciría al pueblo, su papá le dijo:

—Gerard, no podemos llevar a Mercurio.



El muchacho tomó la cabeza del perro, lo besó y lo abrazó. Con lágrimas, se subió al carro y Mercurio se lanzó tras ellos hasta que sus largas zancadas se agotaron y el rugido del motor se fue ahogando.

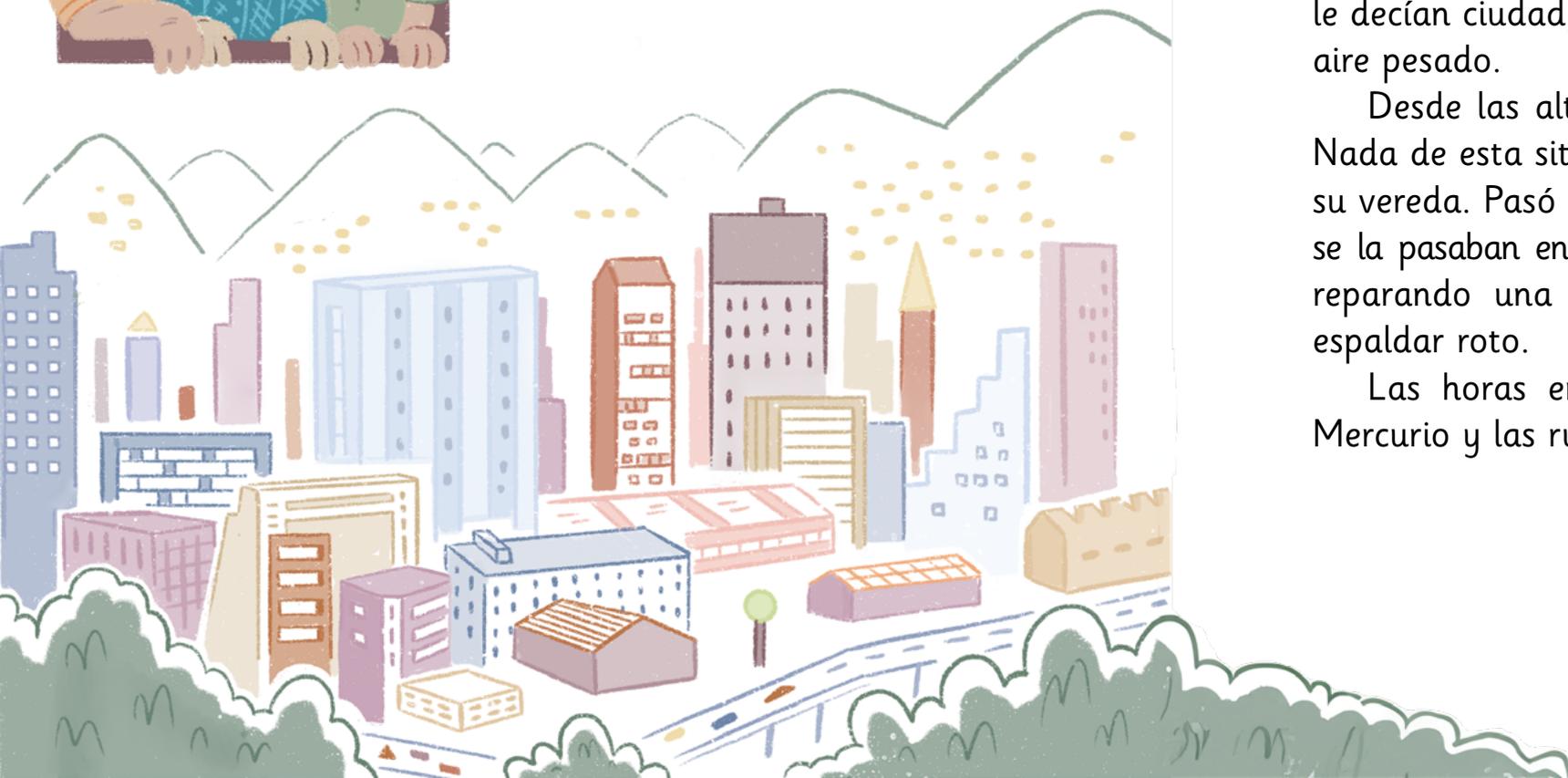


Ellos iban apretados en la última banca, sacudidos por la incertidumbre y el desasosiego, solos, inmensamente solos, sin el canto de los pájaros ni el rumor de los riachuelos, con las miradas vacías y el sabor amargo de dejar su terruño.

Después de hospedarse esa noche en el pueblo, al día siguiente llegaron a la ciudad. Este paisaje nuevo no tenía mangas, pero sí mucha gente en las calles, mucho ruido; todos corrían de un lado para otro como locos; estaban aturdidos y confundidos.

En la terminal de transporte, los esperaba Angélica, la hermana de Alpidio. Se abrazaron y los cuatro se montaron apretados en un colectivo deschavetado que trepó por las laderas orientales de la ciudad.





El barrio estaba compuesto por casas frágiles construidas con retazos de madera, adobes y tablas a lado y lado. Desde una ventana pequeña veían cómo titilaban las luces de ese pueblo gigante, al que le decían ciudad, con su ruido constante, sordo, y un aire pesado.

Desde las alturas todo era extraño para Gerard. Nada de esta situación le era familiar con respecto a su vereda. Pasó una semana larga; Alpidio y Gerard se la pasaban entre una banca de madera y la cocina, reparando una mesita coja y un taburete con el espaldar roto.

Las horas eran largas; le hacía falta su perro Mercurio y las rutinas de su finca.

Como en el barrio no lo conocían, desconfiaban de él, lo miraban raro. Cuando fue a la tienda por primera vez, Gerard le pidió al hombre del mostrador que le vendiera tres velas, un tarrito pequeño de aceite y una libra de arroz.

—Son tres mil.

Gerard extendió su mano con unas monedas; don Marcos contó y le dijo:

—Muchacho, le faltan quinientos.

—Yo ya se los traigo... —respondió preocupado.

—Yo a usted no lo conozco.

—Por favor, señor, yo vivo en la casa de latas, la de doña Angélica.

—Le faltan quinientos, muchacho.

Mientras tanto, Alpidio sentía que sus manos le pedían trabajar, pero solo las ocupó dos días y eso

que haciendo una acequia para el acueducto de la comunidad.

Cuando los días superaron los dedos de las manos, Alpidio se levantó y le dijo a su esposa que iba para el pueblo a encontrarse con Guillermo.

—Alpidio, mijo, mucho cuidado, tengo miedo de que le pase algo.

—No se preocupe, hija. Lo tendré.

Al día siguiente, Alpidio tomó unos tragos en la cocina y se fue a la terminal para tomar rumbo al pueblo.

Se habían citado en el restaurante al que llegaban los carros. Cuando don Guillermo vio a Alpidio, le hizo una seña para que se vieran afuera. Pasó derecho sin detenerse ante Alpidio y le indicó con los ojos que lo siguiera.

Se escurrieron por unas callejuelas y Guillermo se metió en una casita de puertas verdes. Dejó la puerta entreabierta.

Entró Alpidio y vio la mano extendida de Guillermo. Ambos brazos estaban fríos.

—Compadre Alpidio, le tengo malas noticias. Esa gente llegó al otro día, rompieron los alambrados, sacaron el ganado y se lo llevaron, rompieron las puertas de la casa y destruyeron todo.

Los ojos del hombre se fueron llenando de lágrimas.

—¿Y el perro?

—Mercurio se fue con ustedes y nunca volvió. Ni a su casa ni a la mía. Lo busqué y me contaron que por allá por el puente habían visto un perro atropellado.

Alpidio bajó la mirada y apretó el puño.

—Amigo —dijo Guillermo—, no le recomiendo que regrese; es mejor que se quede donde su hermana hasta que esto mejore.

Alpidio tomó un sorbo de tinto y le dijo a su amigo:

—Guillermo, ¿usted qué va a hacer?

—Yo ya he vivido, compadre. Seguiré en mi casa, con mis animales y mis santos; no se preocupe, Alpidio. Usted sí tiene por qué seguir luchando, yo ya hice lo que tenía que hacer en este mundo.

Hubo otro sorbo de tinto y Alpidio estrechó fuerte el brazo de Guillermo.

Tomó el carro que lo devolvería a la ciudad; su mejilla se pegó a la ventanilla y sintió que su vida y la de los suyos se empañaban. Pensaba en su casa. Se

dio cuenta de que su corazón seguía perteneciendo a su terruño.

Entre días largos y noches para no dormir, la tía Angélica les consiguió una cita en una de esas oficinas donde ayudan a la gente. Cuando fueron, hicieron una larga fila, donde se encontraron con otras familias de rostros cansados... Se dieron cuenta de que no solo ellos estaban pasando por malos momentos. El funcionario que los atendió tomó sus datos y les entregó un papel que los reconocía como víctimas del conflicto.

—Estén pendiente que en cualquier momento los llaman, ya sea para ampliar declaraciones o para alguna ayuda; tengan paciencia que son muchos — agregó el funcionario.

Lo que siguió fue difícil. Alpidio consiguió un trabajo por ratos. Pero Gerard era un muchacho sin rumbo, no entendía dónde estaba.

Pasaron los días, las semanas, y llegó diciembre. El año ya agonizaba. Por las noticias supieron que en su vereda habían hecho operativos, restableciendo el orden público; fueron seis meses muy duros. Durante todo ese tiempo, la vida giró locamente como un novillo derrotado.

De comprar un cuarto de aceite y media libra de arroz, pasaron a cucharadas de aceite cuando se podía y de vez en cuando arroz. Aprendieron a bajar a la Minorista, una plaza de mercado que quedaba abajo en la ciudad, y comprar lo que podían.

Llegó el nuevo año y las cosas no cambiaron.

Al llegar al mes de julio, ya cumplían un año de estar en la ciudad. Don Alpidio hizo las averiguaciones acerca de la situación en la Pepinera y le confirmaron que se podía regresar, pero había que esperar a que limpiaran la zona de minas antipersonales.

Después de dos meses, finalmente les anunciaron que podían regresar. Salieron con sus pocas cosas, tomaron un transporte y llegaron al pueblo. Supieron que don Guillermo había muerto. Todo era desolación. Esta vez, Alpidio sabía que Mercurio no saldría a recibirlos; él evitó contarle a Gerard que su perro estaba muerto.

Se bajaron y pasaron por la casa de don Guillermo. Estaba sola, con las puertas abiertas y rota la ventana de la cocina. Siguieron en dirección al riachuelo y, entre matorrales, asomaba el techo fracturado de la

cocina. Era su casa con el techo a punto de colapsar, todo regado, costales y estopas, pedazos de colchón y una flor de begonia con tres pétalos agonizantes colgando de un tarro les dio la bienvenida.

Alpidio y su familia descargaron sus cosas, recorrieron la casa en silencio y tomaron unas estopas de fibra. Gerard hizo una escoba con un palo y empezó a barrer. Todos se pusieron a reponer las cosas, sacaron escombros y taquearon la casa. Esa noche trabajaron hasta el amanecer.

Con el pasar de las noches, en el paisaje iban apareciendo lucecitas de otros fogones a la distancia. Poco a poco, empezó a salir humo de otras casas a lo lejos, lo que indicaba que la gente estaba retornando a la vereda. La vida no era lo mismo que antes; del ruido sordo de la ciudad volvieron a sentir el silencio



del campo, el rumor del riachuelo, el croar de las ranas y el canto de las mirlas, celebrando su retorno.

Alpidio reunió a su esposa y a Gerard y les dijo:

—Volveremos a sembrar flores para que acompañen a esta pequeña begonia que nos recibió. Aunque pareciera que no hay rumbo, esta tierra y esta casa son las razones que le dan sentido a nuestras vidas. Voy a buscar semillas, será duro, pero intentaremos rehacer nuestras vidas.

La luna entró en menguante y Gerard y Alpidio volvieron a labrar la tierra. De sus manos salieron los granos de maíz y de frijol, mientras doña Rosalba, en una era pequeña al pie de la casa, sembró coles, cebolla, cilantro y tomate chonto.

Los acontecimientos dejaron huellas imborrables en las vidas de esta pequeña familia y de tantas otras

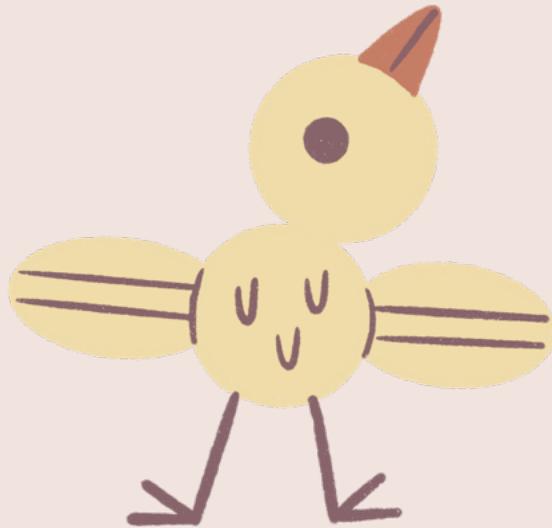
que siguen, en silencio, tapizando el horizonte. Si a lo lejos alguien que no conoce la vereda de la Pepinera y no sabe qué pasó ve una luz al caer la tarde, ese es un fogón de esperanza. Si agudiza más la mirada, las lucecitas aumentarán, separadas por las penumbras. Esas llamitas son las vidas de otras familias que, con sus pálpitos, atizan su deseo de volver a recomponer sus vidas.











MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación